

Paisajes imposibles: La danza de los ciervos

[Fragmento inédito de novela]*

Severino Salazar

ORDENA QUE SE FORJE LA PUNTA de una lanza; especial y muy fina.

El señor se encuentra de visita en la fragua.

Afuera cae una finísima llovizna: apenas se siente sobre la piel de la cara o de las manos.

Pues será un arma noble –como seguramente hay bastantes distribuidas a lo largo y ancho del mundo– que hará historia.

Él tiene que estar presente mientras se forja, mientras el fuego y el hierro moldean el hierro.

Cuando ya está pronta y candente, derrama una lágrima sobre el hierro casi blanco; y la deja ahí, sobre el yunque, hasta que se enfríe y recobre su color natural.

Porque así se ha augurado.

Mas es una lágrima de dicha.

La gota de agua salada apenas baila y chilla un segundo sobre la maza púrpura –casi transparente–, se vuelve una perla pequeñísima y se esfuma.

¿No son así todas las penas y sufrimientos, y por ende la misma dicha?

Holocausto extraño.

Se mira el mar tranquilo a lo lejos, como un espejo, mientras la peculiar ceremonia se lleva a cabo bajo las cálidas tapias cubiertas de hollín de la fragua.

Más tarde, en la carpintería, el señor ordena el mango, que debe ser tallado en madera de roble joven y tener las medidas exactas, como lo manda la orden de caballería.

La flamante armadura llegará en unos meses, desde un país lejano.

A su debido tiempo, también la yegua de pura raza árabe –en las amplias y oscuras caballerizas– parirá el potrillo, y de éste surgirá el noble caballo.

Es temporada de fiesta: todos los súbditos del señor se alegran; hasta el más humilde y aquel que vive en la frontera más apartada.

Cada uno desea contribuir, según sus medios y posición en el mundo, al bienestar y formación del vástago de su señor.

Rojos como un ocaso de invierno, en la perrera se empiezan a entrenar tres camadas nuevas de podencos, que crecerán a la par del niño.

Los tapices que cubrirán las paredes de sus aposentos, se mandan hacer a un reputado tejedor de Flandes.

Escenas de caza en amplios y oscuros bosques como catedrales, y con mullidos prados llenos de varas de campánulas azules y matas de estrellas de belén, dragones de san Jorge, y amapolas rojas, amarillas y blancas.

* Este extracto forma parte de la primera novela en un tríptico narrativo inédito del escritor zacatecano. Se reproduce aquí por cortesía de la hermana del recién fallecido autor, María de Jesús Salazar, quien se ocupó de revisar y seleccionar el manuscrito.

Y una piedra aquí y allá, que rompa la suavidad del paisaje, dura y eterna como una bendición.

Porque si un señor es digno, tiene honor, es rico y poderoso, así también serán los súbditos: eco y resonancia de esa riqueza, honra y poderío.

Por razones sobreentendidas, un humilde y habilidoso pastor, a lo largo del invierno y parte de la primavera —en esa temporada las ovejas permanecen sosegadas, somnolientas, abundan el tiempo y la concentración—, le fabrica una trompeta con las astas de un toro blanco, y un vaso para que tome el vino cuando sea mayor.

Sobre la superficie lisa —y en regiones casi transparente— de los cuernos, a punta de cuchillo y lezna, dibuja una gran cantidad de borboletas; y acomodadas de tal manera que no queda espacio sin grabar.

Como si él también participara del horror al vacío, que por momentos acomete a los que habitan —allá arriba— en el castillo.

Al mismo tiempo otro pastor —compañero del que graba en hueso y madera, sentado sobre la mullida hierba, bajo las ramas de los sotos— con su flauta de caña y con su ingenio, compone largos romances.

Romances que describen con palabras sencillas y abundantes la felicidad que derrama sobre esta región el nacimiento de dom Fuas Roupinho.

Pues su nombre es Fuas.

Mientras uno de los pastorcillos infla sus cachetes y silba notas llenas de sentimiento y pasión, el otro trabaja con la fuerza de su talento y de sus manos y escucha las primicias de unas cantigas que muy pronto cruzarán valles y brincarán montañas para formar parte de la historia viva de la región.

Cada quien se esmera por su lado en lo que hace, pero los dos están pensando en el mismo.

Dom Fuas Roupinho.

*

El rosal de san Blas.

Fray Bernardo viene de la abadía extramuros tres veces por semana, e instruye a dom Fuas niño en los asuntos de Dios y los preceptos de la Moral.

Él mismo le narra una historia un día de otoño; mientras miran, desde una torre del paso de ronda, hacia el bosque.

A lo lejos, entre las ramas pelonas de los arces, los sotos y la bruma de la mañana, se alzan las ruinas de la ermita de san Blas.

Le cuenta que en el monasterio de un país lejano, donde san Blas estudiaba Teología y fijaba en papel sus primeras reflexiones en torno a los misterios de la fe, crecía un rosal como aquél.

Fray Bernardo apunta con su dedo índice el arriate que se ve allá abajo, a través de las almenas, y continúa con su relato.

Un rosal —de flores color hueso, grandes y perfumadas— enredaba sus guías en las esbeltas columnas pareadas de mármol blanco de la arcada del claustro.

Los ventanales de la gran biblioteca, en el lado poniente del segundo piso, daban a dicho claustro.

Por esos ventanales entraba el aroma de las flores y el ruido de la fuente y el canto de los pájaros.

En la quietud anaranjada del ocaso, cuando el sol iluminababa de frente los rosales, hasta su mesa de trabajo se abría camino el dulce aroma de los pétalos de esas rosas.

Y ese perfume lo distraía de sus reflexiones por algunos momentos.

De vez en cuando, el santo varón asomaba su cabeza por un postigo para admirar esas criaturas de Dios, que de manera tan hermosa como que le pedían, como que le reclamaban un poco de su santa atención.

Y mientras apuntalaba con Platón y Aristóteles su sistema para resolver algunos problemas del misterio de la fe, los rosales, abajo, seguían creciendo.

Echando sus flores tres veces al año, adueñándose de los pilares, cubriendo con rosas y follaje los finos labrados de las cornisas y de las arcadas, en su ascensión para ganar el segundo piso y un poco del cielo del monasterio.

Llenando el aire de polen.

Y de igual forma, como si existiera una correspondencia paralela y secreta entre lo que sucedía en el interior de la biblioteca y lo que sucedía en los tiestos,

en las columnas y pilastras del claustro, sus reflexiones y disertaciones teológicas también florecían, echaban guías, vástagos, se enredaban, y él mismo se enredaba en ellas.

Por lo tanto sus dudas sobre la fe crecían, se tornaban insolubles.

A menudo, colmado de frustración, piensa que su empresa del espíritu se ha malogrado.

En esos momentos le da la espalda a su amplia mesa de trabajo –atiborrada de libros, hojas de papel, plumas y pomos de tinta– para irse a mirar el rosal desde la ventana.

Dios le habla en sueños, diciéndole: Cada vez que me das la espalda, dudas de mí.

En contraste, los troncos del rosal son cada día más gruesos y retorcidos, fuertes, igual que leños de encino –como las dudas del santo–; sus espinas, largas y filosas como alcayatas y clavos.

Una tarde en que abandona abruptamente la biblioteca, presa de la desesperación intelectual y del desasosiego –ya que la fábrica de su sistema lo ha metido en un callejón sin salida–, y camina de prisa por el ambulatorio, de pronto se detiene petrificado.

Pues con asombro se da cuenta de que las robustas guías del rosal ya han tomado las arcadas del segundo piso; brincaron los pretilos y están a punto de escalar la torre más alta de la abadía.

Y llegó la primavera.

Una cortina de follaje nuevo filtra los rayos rojos del sol que se pone.

Los setos de espuelas y acanto están en floración.

Un remolino de mariposas de colores revolotea muy cerca del chorro de la fuente; algunas mojan sus alas en el agua.

Se estremece.

Su cuerpo y su mente están debilitados por el ayuno, el estudio arduo y sin frutos, y la desilusión.

Una tristeza que no encuentra el fondo de su alma se apodera de él, cuando repara en el hecho de que ha gastado un largo invierno tratando de arrancar las razones del misterio de la fe a los filósofos de la antigüedad.

Sin ningún resultado; bueno, con muy pocos tal vez, se consuela.

Pero aún así, el sublime varón, cuya inteligencia ha sido cultivada santamente –en ese mismo recinto– para que reflexione sin descanso sobre todos y cada uno de los hechos del mundo y su relación con el plan de Dios, no importa lo nimio que estos hechos puedan parecer a otros ojos o a otras mentes más ordinarias, no deja de percibir la soberbia de esos rosales, que se niegan a reconocer sus límites.

Que no se conforman con acatar la forma, la medida y el espacio que para ellos ha designado sabiamente la naturaleza divina.

Así, una tarde, miró desde el segundo piso hacia abajo, el arriate desde el que esas plantas soberbias brotaban.

El polen, que las flores derramaban con abundancia en el aire, lo mareó ligeramente.

Las espinas negras, largas y afiladas como espolones de gallo, como cuchillos, apuntaban –desafiantes– a los cuatro puntos cardinales.

Además de soberbia, pensó, esa planta es provocadora.

El santo varón quería mirar aún más abajo, a los troncos, al origen.

Y en el intento, se fue de cabeza, entre el follaje.

En la caída, en plomada, las espinas le arrancaron la ropa.

Pero no llegó al suelo.

Poco antes de tocar tierra quedó tendido de bruces, con los brazos abiertos, entre dos leños del rosal que formaban una cruz.

Crucificado lo encontraron los monjes.

Y desnudo.

Los pies y las manos atravesados de lado a lado por afiladas espinas; resumaban gruesas gotas de sangre.

Su cuerpo entero sangraba.

Y en la cabeza, una corona de botones de rosas.

Ellos mismos, sus hermanos, lo desprendieron del rosal, lo desclavaron con sumo cuidado para no lastimarlo más.

Lavaron sus heridas con agua de romero.

Y envuelto en una blanca sábana fue transportado al jergón de paja de su celda.

Su recuperación había sido lenta.

En las penumbras de su habitación siguió reflexionando, porque su espíritu no sabía hacer otra cosa: solamente de ese modo debía servir al Altísimo.

Y suplicaba a Dios con todo su corazón que le devolviera la salud, pues debía cercenar, con el ayuno y el cilicio, las espinas de su propia soberbia.

Tenía que matar las rosas de su vanidad, el perfume de lo pasajero y baladí.

Desterrar el polen del pecado.

Un día particularmente cálido del siguiente verano, después de las oraciones de la mañana, ocupó de nueva cuenta su lugar en la biblioteca.

Estaba descolorido, más delgado, y le habían crecido algunas hebras blancas entre su poblada barba rojiza.

Con la exuberante pluma de un ave que le trajo del Oriente un hermano misionero, que en la temporada de su convalecencia había pasado por el monasterio, comenzó a redactar una obra extensa, que le tomaría todo el invierno —*Tractatus reram rosarum*—, la taxonomía y cultivo de las rosas, de ornamento y para fines medicinales.

En las tardes, mientras piensa en su nueva obra, desde la ventana de su celda contempla por largas horas la pequeña ciudad constreñida sobre una verde colina y, en medio de ésta, su enorme catedral.

Las finas torres eran como la cornamenta de un ciervo que mirara extasiado al infinito.

Y una catedral sirve también para recordarle al hombre su compromiso con la caridad, la lealtad, la justicia y la verdad, pensaba san Blas.

Una tarde especial, poco antes de la puesta del sol, una mariposa roja pasa por su ventana, y casi le roza el rostro.

El alma no es una paloma, reflexiona san Blas.

Es una mariposa; así de breve su permanencia en esta tierra, así de frágil, así de bella.

Sin embargo, una mariposa eterna.

*

Dom Fuas niño camina apaciblemente sobre las vegas del río en compañía de su preceptor de ciencias naturales.

Repasan en voz alta los nombres de las plantas, de las flores, de los pájaros y de los insectos; la configuración de las hojas, de los árboles y de las nubes.

El agua fluye en silencio: serpiente oscura con escamas de luz.

El sol calienta el aire de la mañana, pero un vientecillo refresca los prados y hace murmurar de vez en cuando las frondas de los pinos y los abetos.

Los pájaros —invisibles— cantan con mucho entusiasmo, como si fuera el último día de su vida que les fuera dado cantar.

Cada quien —pupilo y preceptor— carga un canasto y una caja de madera: recogerán piedras, cortarán flores, atraparán insectos y cazarán algún pájaro, para estudiarlos con calma más tarde.

Vuelan enormes mariposas en el aire de este verano: los capullos vacíos de las crisálidas aún cuelgan de las ramas o yacen aplastados en el suelo.

Muchas; como si fueran una plaga.

Llevan con ellos redes para atraparlas y frascos de bocas amplias con los polvos que las dormirán intactas para siempre, sin perder su hermosa forma ni su color.

Este año, el preceptor quiere que crezca considerablemente la colección de mariposas de su pupilo.

Pues él cree que esa tarea es una parte primordial de su adiestramiento.

En los gabinetes y aparadores del salón de la biblioteca todavía quedan muchos espacios libres para acomodar los ejemplares raros de la cosecha que se recogerá durante el verano.

—Mire, ésta tiene una catedral dibujada en sus alas —dice dom Fuas niño.

Está asombrado, se le llena la boca de saliva, como si alguien le mandara un mensaje misterioso y terrible desde sus adentros, y se le deshiciera sobre la lengua.

—¡Y es enorme! —comenta más emocionado su maestro.

—Pero... ya no quiero atrapar más mariposas —dice de pronto dom Fuas.



FOTO: ANTONIO MARQUET

—¿Por qué es eso? —lo interroga el maestro.

—Siento que no está bien. Me dan lástima: no quiero verlas muertas.

—El hombre no debe sentir lástima por los animales. Es compararse a ellos.

—Hasta que termine el verano, entonces. Ahora no —dom Fuas niño mira suplicante a su maestro.

—¿Qué dices?

—Mejor que sean bellas el resto del verano. Que duren vivas un poco más.

—Estas mariposas van a durar más si las cazamos. Van a ser casi inmortales —le explica el maestro.

—Sí, van a durar más tiempo muertas que vivas. Que vivan cuando menos unas semanas más, es lo que digo, por favor...

—¡Qué manera de razonar!

—Durarán hasta que alguien les sople y se vuelvan polvo. Aún así, siento que no hacemos bien —concluye dom Fuas niño.

—Las que atrapemos van a durar muchos veranos en las cajas de cristal. Van a conservarse bellas. Las seguiremos admirando. En cambio, las que continúen vivas se desvanecerán con los primeros vientos del otoño.

—Sí, pero yo no quiero contribuir a que su vida, de por sí corta, se diluya más pronto.

Él no quiere que por su culpa esos seres se hundan en el silencio, en el más espantoso silencio.

Agacha la cabeza y mira una isla de anémonas en plena florescencia: blancas, rosas y moradas.

Y de regreso en el alcázar, su madre lo está esperando en la penumbra del amplio zaguán.

Él le da el canasto y la caja de madera y cruza el patio brincando sobre los cuadros de las baldosas rumbo a sus aposentos.

“Ayer brinqué sobre las blancas; hoy brincaré sobre las negras”, se dice a sí mismo dom Fuas niño.

El sol se hunde en el mar y todo el alcázar se pinta de azul.

*

Pasan los años como un suspiro, mientras aumenta y se robustece su educación sobre Dios y el mundo.

Y una mañana, a mediados de un verano tórrido, después de una solemne misa cantada en la capilla, se abren de par en par las puertas nobles del alcázar y salen caballero y escudero rumbo a Francia.

Sus bestias jóvenes, de raza pura; sus armaduras y sus atavíos relucientes, de acuerdo a la nueva usanza.

Se ha declarado día de fiesta en todas las comarcas, como si un cometa en el cielo –puntual– lo hubiera anunciado.

Y ha venido mucha gente para verlos partir –labriegos, molineros, pastores, buhoneros, herreros, curtidores, pescadores, panaderos, todos los oficios de Dios– desde los cantones más remotos.

Una comitiva selecta los acompañará hasta la frontera.

El señor y la señora, desde las almenas más altas del paseo de ronda, los siguen con la mirada borrosa hasta que la inmensidad del paisaje los engulle.

Ella llora de felicidad, luego de tristeza e incertidumbre; él reprime sus emociones y consuela a su mujer dándole argumentos poderosos para la resignación.

Detrás del horizonte que ahora miran, se hallan las ondulantes colinas verdes del Alentejo, y más allá un amplio país con el cual no se tienen buenas relaciones; y aún más allá, el destino inmediato de su hijo.

Se unirá a los caballeros de la Orden de la Vera Cruz que partirán en una expedición a Tierra Santa.

La misión: edificar un monasterio cristiano en esas

santas tierras y darlo en posesión a los miembros de la Hermandad.

Escoltará a los piadosos Ivo y Antao, que también irán al frente de una encomienda secreta del rey, del rey que en vida ya es un santo.

Van a pasar algunos años antes de que vuelva de esas lejanas tierras, pero regresará cubierto de gloria.

Dom Fuas Roupinho conocerá el mundo y abrirá las puertas del Paraíso a sus padres y a toda su descendencia.

Esta mañana, los viejos recuerdan las palabras de la agorera desarrapada de cayado y alforja oscura que un otoño, ya perdido en la borrasca de los años, llegó hasta las puertas del alcázar.

Se están cumpliendo al pie de la letra sus augurios.

Aunque nunca se volviera a saber más de ella.

Dios es un precipicio, piensa el señor poco antes de retirarse a sus aposentos, pero no se lo dice a su mujer.

Uno no puede acercarse a Él más que temblando.

*

Muchas noticias –que se contradecían– estuvieron llegando con el tiempo: que habían sido emboscados, tomados presos en Siria, diezmados en Constantinopla o que ya venían de regreso, triunfantes.

El señor, en su alcázar, pasa noches intranquilas: la desarrapada del cayado bruñido y la alforja oscura lo visita ahora en sueños, anunciándole la proximidad del abismo.

Pero un día de invierno –de un invierno crudo durante el cual no ha salido el sol–, gracias a Dios, al fin se conoce la fecha exacta de su regreso.

Y la buena noticia alcanza nuevamente hasta el último retiro del país como una bendición.

Cruzan el territorio a media primavera.

Los moradores de las aldeas, por donde pasa dom Fuas Roupinho con su comitiva, adornan sus calles, arreglan los empedrados y allanan los caminos.

El mero día salen a su encuentro, ponen alfombras frente a sus casas y riegan de pétalos los caminos para que las bestias, con su divino cargamento, pasen sobre ellos.

Se hincan con devoción y luego bajan la mirada al sentirlos junto a ellos.

Muchos se atreven a palpar con sus propios dedos esos cuerpos que estuvieron en los lugares santos, que respiraron el mismo aire que respiraron Cristo y sus apóstoles.

Otros más atrevidos besan las manos de dom Fuas Roupinho, pues se dice que con ellas manejó diestramente la espada y la lanza.

Y que guiadas por la misma mano de Dios, él solo había matado a miles y miles de infieles.

Son los hombres que desde Constantinopla escoltaron la Sagrada Corona de espinas, que el Rey Santo rescató para los católicos de esta parte del mundo.

Los climas lejanos y las arenas del desierto curtieron sus pieles y esculpieron sus caras; ahora tienen la apariencia de los iconos.

De los santos de piedra en los nichos que rodean la catedral de las ciudades de importancia.

Como esculpidos en mármol o tallados en maderas finas.

Corren vientos de esperanza y renovación por el ancho mundo.

Y dom Fuas Roupinho ha contribuido en abundancia para que circulen dichos vientos nuevos.

Cuando por fin mira a lo lejos el cerro sobre el cual se encuentra la pequeña ciudad y el alcázar amurallados, brinca su corazón de alegría y recuerda que desde Tierra Santa trae un puñado de semillas.

Son las diminutas semillas de la chirimía silvestre, que nace como una bendición en las márgenes del río Jordán, y que ahora guarda en la funda de su espada.

Quiere que esas flores también crezcan en su tierra.

Va tirando, sobre el camino que ahora lo separa del alcázar, una a una las semillas de chirimía silvestre.

Un día no lejano, subirán también ellas hasta las nobles puertas y ahí abrirán sus extrañas flores.

Y alfombrarán los bosques que bajan hasta el mar.

Sus padres, el abad del monasterio extramuros y los hombres de confianza reciben a la santa comitiva en el amplio patio embaldosado con calcáreas blancas y negras.

Cada uno de pie sobre un cuadro, como si Dios, desde el cielo, se hallara jugando una partida de ajedrez.

Sin embargo, a partir de esa noche sus sueños se pueblan de horriblas pesadillas.

En éstas, el diablo toma las riendas de su caballo, se lo lleva muy lejos y en gran carrera: mira la negrura de sus cuernos delante de él.

*

Ya se ha disuelto la niebla y los rayos del sol atraviesan el tupido bosque, que baja ondulando hacia las orillas de la playa o que se asoma peligrosamente a los acantilados.

Por el cielo, delgadas nubes vuelan veloces hacia el sur.

Montado en su caballo azabache, rumbo al castillo, dom Fuas Roupinho recorre un pinar que huele a incienso.

Se miran brillar allá abajo, a lo lejos, los brazos del mar que esculcan en el bosque, entre los tajos de peñascos de la cordillera que forma abismos insondables.

Llega hasta él—muy atenuado— el bramido de las olas derrumbándose sobre las playas cubiertas de conchas y caracoles, o estrellándose contra los acantilados.

Dos familias de cigüeñas—que han acomodado sus embrollados nidos sobre la parte más alta de las espadañas de una ermita en ruinas— taladran la mañana con los retumbos graves que brotan de sus largos picos.

Por las paredes erosionadas de los arcos escurren los ríos de su excremento como la cera en un candelabro.

Veintisiete podencos machos corren y brincan felices alrededor de su caballo; sus inquietísimos rabos apuntan al cielo.

Le cae una zurrada de pájaro sobre el guante de la mano izquierda, amarilla como un pequeño gusano de mostaza.

Mira hacia arriba, hay muchas aves en el aire de la mañana; espesas nubes de tordos ensayan sus acrobacias.

Mira hacia abajo y los heliotropos y los basiliscos florecen uno al lado del otro, juntos, en abundancia, formando charcos de colores.

Luego siente el golpecito y escucha el sonido de otra mierda que le cae en el hombro derecho; negra, con el centro blanco, en forma de una pequeña rosa, hedionda.

Le cae una más sobre la espalda, y otra, sobre el yelmo.

Va rígido —en gran medida por la armadura— y perplejo, al trote de su caballo azabache, y no sabe qué pensar.

Está lloviendo mierda, y no lo puede creer, pero lo ven sus ojos, lo huele su nariz, lo siente su cuerpo: el bosque se oscurece por unos segundos.

Los podencos empiezan a ladrar, muy nerviosos.

Batiendo escandalosamente sus alas, parvadas de tordos, patos, estorninos, gaviotas, cuervos y cigüeñas sobrevuelan el bosque, y todos van defecando, rumbo al mar.

Siente caer las zurradas de pájaro sobre su yelmo como una lluvia espesa, y el olor penetra su nariz, hiriéndola, igual que si se estuviera dentro de un gallinero que no se ha barrido en mucho tiempo.

“Están enfermas de los entresijos todas las aves de la comarca, y abonan con su guano y su generosidad los campos”, piensa dom Fuas Roupinho.

En seguida, una plaga de mariposas invade los ambientes del bosque: ríos de mariposas de infinidad de colores tejen sus corrientes entre los troncos de los árboles.

Muchas se posan sobre las plantas florecidas de la chirimía silvestre que ya crece en cualquier rincón del feudo.

Como si un remolino de pétalos recorriera los valles y montes.

Algunas otras se posan sobre las ramas de los pinos, las hojas, las piedras y apuntan hacia él con sus antenas, como si lo estuvieran mirando pasar.

Y súbitamente —danzando sobre el pasto verde, girando sobre sí mismo, más bien como si flotara— aparece

un ciervo esbelto, tan esbelto como los troncos de los chopos en esa parte del bosque.

Va respingando al tiempo que avienta fuertemente sus patas hacia atrás.

Una emoción, una ansiedad, un sentimiento nuevo recorre el cuerpo de dom Fuas, y lo descarga cuando aprieta con fuerza su mano derecha y siente a su compañera fiel, la lanza.

Instintivamente, sin perder otro segundo, espolea con energía su caballo, y se encarreran en pos del ciervo.

Los podencos se detienen, se quedan paralizados, mirando atentos la persecución de su amo, con el hocico abierto y la lengua lacia, escurriendo babas.

El ciervo huye raudo, como una flecha, casi sin tocar el suelo: brinca sobre los troncos de árboles caídos, sobre piedras, sobre arbustos, cada vez más veloz.

De vez en cuando voltea sin dejar de huir; mira hacia atrás, a su perseguidor.

Como interrogante.

Dom Fuas Roupinho siente pasar rápidamente el bosque a sus costados, como nunca, con violencia.

El aire fresco de la mañana se cuele por el tejido de la malla y por la rendijas de la armadura.

Se le zafa el yelmo: se va rodando sobre el pasto; se queda atrás.

Chorros de mariposas circulan rozando sus mejillas, se le enredan en el pelo largo y suelto, y se estrellan en el metal de sus brazos y de sus piernas; pero su vista está clavada en el ciervo, listo para disparar la lanza con todas sus fuerzas.

A punto de darle alcance en cada fracción de segundo que pasa.

Lleva la lanza bien apuntada al blanco y empuñada a la altura de su hombro.

Sin embargo, no se decide, algo le hace esperar el mejor momento.

Pero se da cuenta de que todos los momentos son el mejor para dar en el blanco.

Es algo ajeno a su voluntad lo que le hace esperar.

Han corrido tanto, uno detrás del otro, que se están acercando a la orilla del bosque, al mar, que se mira a ambos lados y enfrente.

Pronto llegarán a un despeñadero.

Parece que éste los atrae —a perseguido y perseguidor— como un poderoso imán al que no se pueden, ni se deben, resistir.

Y en el mismo instante que con todas sus fuerzas arroja la lanza, el ciervo se va al abismo.

Mira el ciervo como volando en el vacío, y detrás de él la lanza, ya sin fuerza; como si jugara con ambos la brisa del mar al que irán a caer irremisiblemente.

Y en el momento de precipitarse también él y su caballo en el abismo, este último se detiene bruscamente —justo— en la pura orilla.

Caballo y jinete se quedan petrificados —como si fueran una estatua ecuestre—, el primero apoyándose sólo con sus patas traseras en el acantilado: el resto del cuerpo ya se encuentra en el aire del precipicio, y no hay manera de recular.

El segundo, con las riendas todavía en la mano izquierda; la derecha, en el aire; ya sin yelmo, el pelo revuelto, presa del terror.

Y es cuando sucede el prodigio, el milagro.

La Virgen triangular de Nazaré, amamantando a su Hijo, toda ella envuelta en una luz —más bien irradiándola— que los ciega, se aparece enfrente de ellos y los salva de la caída.

Lleno el abismo de luz.

Al costado derecho, a lo lejos y en el fondo del abismo, sobre una playa de arena amarilla, se distingue un pueblo de pescadores llamado Nazaré.

Enfrente, como un manto azul, se extiende el océano, sobre el que se aleja lentamente un barco, con una Cruz de Malta roja sobre la hinchazón de las velas.

Y ese instante se queda petrificado en su mente y en la de todos los hombres de estos rumbos, para siempre.

Ese instante prodigioso en que coincidieron en el tiempo y el espacio, caballero, caballo, lanza, ciervo y abismo.

El padre de dom Fuas Roupinho, con el espíritu atribulado, no resiste la narración del hecho maravilloso y muere esa misma tarde.

A medianoche, dom Fuas Roupinho sale a caminar solo por el bosque; de vez en cuando escucha el ruido de algún animal que huye entre los troncos negros o que se esconde en la hojarasca.

Permanece de pie —los brazos cruzados— durante mucho tiempo a la orilla del precipicio, cavilante, mientras el viento juega con la mata de su pelo.

Piensa en todas las posibilidades.

Abajo el mar ruge como fiera encarcelada.

La luna pasa veloz detrás de los hilachos de las nubes.

—Está abismado —dice de él uno de sus amigos, un arquero, cuando lo mira cruzar el embaldosado blanco y negro (ya de madrugada) del patio desierto del alcázar.

A lo lejos, comienzan a ladrar los veintisiete podencos: el aire les llevó hasta sus jaulas el olor de su presencia.

Sobre la mejilla muerta de su padre hay una lágrima, como aquella que derramó sobre la punta de la lanza que ahora yace en el fondo del mar.

O una lágrima que se le hubiera olvidado derramar en vida.

No, es aquella misma, piensa.

Le fue devuelta. •

SEVERINO SALAZAR fue profesor-investigador de la UAM Azcapotzalco. Nació en Tepetongo, Zacatecas, y murió el pasado 7 de agosto en la ciudad de México. Su obra narrativa le significó varios premios. En su bibliografía destaca *Donde deben estar las catedrales*.